

La Asexualidad y su Relevancia en los Debates Psicológicos y Sociales
Contemporáneos.

Ingrid Carolina Sánchez Martínez

Universidad del Rosario

Notas del Autor

Ingrid Carolina Sánchez Martínez.

Programa de Psicología, Universidad del Rosario.

Este trabajo se realiza bajo la supervisión del director y profesor del programa de psicología Miguel Gutiérrez Peláez. La correspondencia con relación a este trabajo debe dirigirse a Ingrid Carolina Sánchez Martínez, correo electrónico: ingrid.sanchez@urosario.edu.co o a Miguel Gutiérrez Peláez, director y profesor del Programa de Psicología de la Universidad del Rosario, Carrera 24 No. 63C-69, correo electrónico: miguel.gutierrez@urosario.edu.co.

Universidad del Rosario

Escuela de Medicina y Ciencias de la Salud

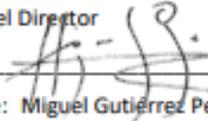
Programa de Psicología

ACTA DE APROBACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO

Los aquí firmantes certificamos que el trabajo de grado elaborado por Ingrid Carolina Sánchez Martínez, titulado: Comprensión de la Asexualidad Desde el Enfoque Psicoanalítico, cumple con los estándares de calidad exigidos por el programa de psicología para la aprobación del mismo.

Esta acta se firma el 02 de Octubre de 2019.

Firma del Director



Nombre: Miguel Gutiérrez Peláez.

Tabla de contenido

Resumen	4
Abstract	5
Introducción	6
El surgimiento de la noción de asexualidad en la historia.....	9
Desarrollo de las comprensiones de la asexualidad	12
Surgimiento de la asexualidad como orientación en la era virtual actual	18
Aportes de las ciencias humanas y las teorías feministas y de género a la posibilidad asexual	23
Comprensiones de la asexualidad desde el psicoanálisis	32
Hallazgos	38
Conclusiones.....	42
Referencias.....	45

Resumen

La revolución sexual que tuvo lugar en el siglo XX, abrió un espacio para el hallazgo y construcción de nuevas identidades (homosexual, bisexual, transexual, intersexual, y más recientemente la asexual) que contribuyen a esa búsqueda y construcción de quienes somos, y a enmarcar aquellos caminos que nos pueden ayudar a entender nuestra subjetividad. La asexualidad ha ido emergiendo y se ha potencializado gracias a la era digital, que posibilitó la creación de la asociación internacional más importante de personas identificadas como asexuales (AVEN) contribuyendo a su visibilización desde donde se parte para la construcción de la definición de esta identidad, las diferentes manifestaciones y tipologías que se pueden llegar a suscitar y las delimitaciones o diferenciaciones con conceptos y posturas como el celibato y la abstinencia. Es por ello que el objetivo de este trabajo es analizar y hacer una comprensión de la asexualidad mediante una revisión de literatura, en la cual se hará un recorrido por su historia, las concepciones que ha ido adoptando desde diversos campos de conocimiento como el biológico, el social, el constructivista, el psicoanálisis y como las teorías feministas y de género han influenciado y dado la posibilidad de construcción y existencia de esta identidad.

Palabras Clave: Asexualidad, psicoanálisis, orientación, identidad, género.

Abstract

The sexual revolution that took place in the twentieth century, opened a space for the discovery and construction of new identities (homosexual, bisexual, transsexual, intersexual, and more recently asexual) that contribute to that search and construction of who we are, and to frame those paths that can help us understand our subjectivity. Asexuality has been emerging and has been potentiated thanks to the digital era, which enabled the creation of the most important international association of people identified as asexual (AVEN) contributing to its visibility from where it starts to build the definition of this identity , the different manifestations and typologies that can be raised and the delimitations or differentiations with concepts and postures such as celibacy and abstinence. That is why the objective of this work is to analyze and make an understanding of asexuality through a review of literature, which will take a tour of its history, the conceptions that have been adopted from various fields of knowledge such as biological, social, constructivist, psychoanalysis and how feminist and gender theories have influenced and given the possibility of construction and existence of this identity.

Key Words: Asexuality, psychoanalysis, orientation, identity, gender.

Introducción

La asexualidad es un tema que ha suscitado un interés en las últimas décadas, dado que ésta resulta ser un campo donde entran en juego una variedad de definiciones y conceptualizaciones que buscan distinguirse de términos y conceptos de otras áreas de conocimiento, estableciendo límites y maneras de entenderla con el fin de responder a los diferentes contextos en los que se ve envuelta. Este interés se encamina hacia la visibilización de una nueva forma de relacionarse y entender el cuerpo que pone en cuestionamiento las maneras de actuar y relacionarse que se han estipulado como centrales a lo largo de la existencia del ser humano, donde el relato de la sexualidad cumple un rol fundamental, puesto que, estipula ciertas pautas y objetivos que dirigen el sentido de la existencia y las motivaciones que buscan la sensación de plenitud y realización del ideal humano que se tiene.

En este sentido, la asexualidad puede entenderse como un elemento que conforma el gran tema de la sexualidad humana y a comprenderse desde diversos discursos que la sitúan como orientación sexual, identidad sexual, patología, pérdida del deseo sexual o el desinterés por la interacción con otros, como un estilo de vida y una decisión, o como un estado de pureza al que se debe aspirar, en esta línea entraría el caso del ascetismo, en donde de manera voluntaria y deliberada el sujeto lleva a cabo una serie de prácticas con el fin de abstenerse de los placeres materiales entendidos en este contexto como los corporales (las necesidades fisiológicas) puesto que son considerados profanos y en un nivel inferior que impiden purificar el espíritu (Braicovich, 2014). Por otra parte, en otros discursos como el psicoanalítico, el desarrollo del concepto de la asexualidad ha tomado diversas nociones encaminadas al entendimiento de esta como el resultado a la amenaza a la castración, un malestar de la cultura contemporánea o como una atracción hacia la no posesión.

Las teorías feministas y de género le proporcionan el camino y contribuyen a la emergencia de nuevas identidades a través de la deconstrucción de las categorías tradicionalmente establecidas y los discursos normativos relacionales, en este contexto la asexualidad surge como una postura que cuestiona dichas categorías y discursos con el fin de situar y afirmar la gran diversidad de la subjetividad humana. En este sentido, la asexualidad puede comprenderse como una orientación sexual y una elección o herramienta política que responde y hace frente a la desigualdad de aquellos cuerpos donde ha recaído la opresión sexual.

De igual manera a la medida que se hace una comprensión de este concepto a lo largo de la historia, se busca hacer varias distinciones, una de ellas es entre la sexualidad y la capacidad de reproducción, condiciones que no van ligadas necesariamente y cada una puede existir sin la presencia de la otra, por lo tanto, la mayoría de la población asexual puede reproducirse sexualmente, incluso si ellos no están interesados en las relaciones sexuales. Por consiguiente, la asexualidad es parcialmente un fenómeno diferente a la reproducción asexual. Muchos humanos han vivido a lo largo de la historia sin sexo, debido a que, aunque estuviesen motivados, no hallaban a un compañero. Ésta es una realidad humana que puede estar influida por rasgos como un bajo atractivo físico, una timidez excesiva, entre otros, que hacían que conseguir un compañero fuese una tarea difícil, considerando que la ausencia de un compañero sexual no era una cuestión de elección (Boagert, 2012). Por otra parte, el hecho de elegir no tener relaciones sexuales también ha sido una realidad histórica, tanto así que ésta refleja los valores de sociedades e instituciones comúnmente religiosas, que han puesto en la abstinencia y en el celibato la noción de virtud a la que todos los seres humanos deberían aspirar (Boagert, 2015).

Las maneras de entender la asexualidad anteriormente mencionadas surgen como posturas frente a la posibilidad de existencia de la asexualidad y como ésta abre el camino

para que se inicien a cuestionar las maneras de actuar y relacionarse con otros estipuladas tradicionalmente, es decir, que la existencia de la asexualidad pone en disputa los discursos centrados de una concepción de la sexualidad como un eje primordial y fundamental en las relaciones humanas. Adicionalmente, al empezar de hablar de asexualidad contribuye a la construcción de una nueva identidad en la que entran aquellas personas que no logran identificarse con las nociones que ofrece el sistema discursivo tradicional de la sexualidad y que aún se mantiene en la actualidad.

Recientemente se ha encontrado que, en los estudios sobre el comportamiento sexual humano, un número de individuos no caen en las categorías que están claramente definidas, como lo son la heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad. La prevalencia de la asexualidad tiene una relación estrecha con la definición que se maneje de asexualidad, ya que, si ésta es definida como un comportamiento, la medida supondría una mayor prevalencia en comparación con una definición basada en la identidad, por lo que es más medible alguien que no tiene relaciones sexuales a alguien que se identifica como asexual (Mosher, Chantra y Jones, 2005).

La existencia de una posibilidad asexual abordaría los aspectos relacionados con el estigma que pueden llegar a padecer las personas que no presentan ningún interés sexual en otros, los sentimientos y pensamientos relacionados a que la falta de interés o atracción sexual es producto de una enfermedad, la tenencia de relaciones sexuales por la presión social que supone ser parte de un género que posee ciertas pautas y maneras de relacionarse y el posicionamiento de expectativas sexuales. Lo anteriormente mencionado, contribuye a la construcción de la identidad del sujeto y la manera en cómo este se acerca al mundo y crea su discurso.

Por consiguiente, la pregunta que busca resolver el presente escrito es ¿Cuáles han sido las comprensiones que se han realizado a lo largo de la historia sobre la asexualidad y las

implicaciones que éstas pueden llegar a tener en la construcción de identidad de un sujeto?, para responderla se hace una búsqueda por las bases de datos de Google Scholar, Scopus, Pep-web.org, ScienceDirect y SciELO, las cuales fueron las que más arrojaron información sobre la asexualidad.

El surgimiento de la noción de asexualidad en la historia

En relación con la evidencia histórica de la asexualidad en humanos, ésta presenta dificultades para rastrearla puesto que en el comportamiento sexual humano y animal las medidas y las herramientas usadas facilitan su registro, en comparación con los estados psicológicos internos, la atracción y el deseo; incluyendo la interferencia que estos tienen en el comportamiento. Además, debido a que es una preferencia individual su origen continúa siendo incierto, puesto que, va más allá de solo ser una práctica concreta y se sitúa en el camino de las orientaciones sexuales que incluyen componentes como el objeto de deseo y la identidad (Bogaert, Lugones y Ramirez, 2015).

A mediados del siglo 20, en la década de los 50, Alfred Kinsey, considerado el padre de la revolución sexual, realizó estudios que tenían como finalidad demostrar la extensa diversidad del comportamiento sexual humano. Kinsey exploró la sexualidad en hombres y mujeres y visibilizó que aspectos como la homosexualidad y la masturbación se daban en ambos sexos, así como que las mujeres tenían un sofisticado mundo erótico que va más allá de sólo proveer satisfacción sexual al hombre. Adicionalmente, creó la escala de orientación sexual, la cual es un continuo donde se sitúan orientaciones según el grado de atracción. En esta escala, se puntúa de 1 a 6, donde 1 es la atracción netamente heterosexual, 6 la atracción exclusivamente homosexual y X la falta de atracción. Es con estos estudios donde se empieza a ver la sexualidad desde un continuo que puede tener diferentes variaciones a lo largo de la vida (Catri, 2016). El término asexual vino a ser usado posteriormente por primera vez en un

artículo científico publicado originalmente en el libro *The Sexually Oppressed* en 1977 por Myra Johnson titulado “Asexual and autoerotic women: Two invisible groups”.

Después, Michael Storm a mediados de 1979 y 1980, tomó como base la escala que propuso Kinsey y realizó estudios para rediseñarla. En esta nueva escala se tomó y añadió la asexualidad como una categoría sexual más. Es un modelo teórico de corte binario compuesto por el eje del homoeroticismo, donde se ubican las personas principalmente homosexuales, el eje del heteroeroticismo donde se ubican las personas heterosexuales, el eje perteneciente a la bisexualidad donde se encuentran las personas que puntúan alto en ambos ejes y, por último, la asexualidad que surge como una cuarta orientación donde los individuos no sienten atracción alguna por uno de los dos sexos y donde se presentaron puntuaciones bajas hacia los dos ejes (Álvarez, 2010).

Bogaert (2004) es el pionero en empezar a realizar estudios y a escribir sobre la asexualidad y cómo ésta se sigue definiendo en la actualidad. En su libro titulado *Understanding Asexuality* (2012), Bogaert hace una revisión de los procesos psicológicos fundamentales de la sexualidad, tales como la atracción, la excitación, el comportamiento, la cognición y, por último, el deseo. En este sentido, la atracción es entendida como ese incentivo bastante básico y hasta primordial que nos acerca a alguien o a algo en un sentido no sexual. Sin embargo, en el sentido netamente sexual, hace una distinción entre la atracción romántica y la atracción sexual. Estos dos tipos de atracciones según perspectivas biológicas y científicas sociales son eventualmente diferentes, ya que poseen dominios cerebrales diferenciados e involucran procesos disímiles. Expone que la atracción sexual y la romántica están mutuamente influenciadas, tanto para que a partir de una surja la otra como, por ejemplo, el caso de una pareja que inicie su relación desde una atracción romántica y escalen o emerja a la atracción sexual o viceversa; o que, por el contrario, se desvinculen y solo emerja la atracción romántica o la atracción sexual, enfatizando que asexual no es sinónimo

de arromántico. Por el lado de la atracción sexual la encamina hacia esos sentimientos de enamoramiento y apego emocional vinculado con el emparejamiento que se da hacia objetos o personas que encontramos atractivas y por el lado de la atracción sexual o también denominada orientación sexual se refiere a un deseo hacia el otro en un ámbito dirigido hacia lo sexual.

Se refleja de esta manera el interés de Boagert por establecer categorías objetivas para la orientación sexual, sin embargo, este es un tema que requiere una extensión más allá del ámbito físico. Boagert, con el fin de mantener la objetividad de la orientación sexual como una categoría, circunscribe la atracción como un elemento objetivo, lo que deja limitada su trascendencia, conllevando a que el deseo sexual quede aislado del contexto social y psicológico en el que tiene origen y, más específicamente, del significado que tienen para cada sujeto. Esto supone una desventaja para las investigaciones sobre la asexualidad debido a que es un ámbito que tiene desafíos específicos y una extensa variedad de nociones y expresiones mediante los cuales las personas asexuales estructuran las diferencias y puntos en común (Carrigan, 2011).

Lo anteriormente expuesto da lugar a que se empiecen a emplear diferentes métodos de investigación para llegar a una comprensión más exacta de la asexualidad, es así que investigadores como Prause y Graham (2007) y Brotto et al. (2010) realizaron estudios con sujetos asexuales explícitamente autoidentificados, con el objetivo de examinar aquellas características diferenciales entre las personas sexuales y asexuales que Boagert previamente había estudiado, indagando además sobre las características personales de los asexuales que pudieran complementar la información del campo cuantitativo, haciendo uso del enfoque fenomenológico que permite comprender de una manera más adecuada la experiencia vivida por los participantes y dar origen a un grado más amplio de percepción subjetiva de la experiencia de los asexuales autodefinidos.

De igual manera, Mark Carrigan (2011) con su estudio titulado “There’s more to life than sex? Difference and commonality within the asexual community” hace uso del método mixto donde se recogen los datos mediante diferentes estrategias como lo son la realización de entrevistas semiestructuradas, la aplicación de cuestionarios en línea y el análisis temático de los componentes elaborados por la comunidad asexual (foros, blogs, webs), con el objetivo de comprender la identidad asexual dentro del marco, palabras y conceptos construidos por la misma comunidad. El análisis de estos datos refleja la gran diversidad que existe dentro de la comunidad asexual en cuanto a las diferentes orientaciones, actitudes y desarrollo del vocabulario que las personas identificadas como asexuales toman frente al sexo y el romance. Estos aspectos se construyen con base en el entorno, las experiencias y necesidades individuales que resultan ser comunes entre sujetos y que conllevan a la creación de los foros y blogs en línea, donde se crean debates que posibilitan la ampliación del vocabulario asexual, enlazando las diferencias individuales y reforzando la contribución de la comunidad.

Desarrollo de las comprensiones de la asexualidad

Todos los componentes expuestos con anterioridad y recorrido histórico hacen que la definición de la asexualidad aún esté en construcción y que el intentar definirla, sin que se caiga en una reducción o exclusión, se convierta en una tarea compleja. Autores como Johnson (1977) y Nurius (1983) coinciden en definir la asexualidad en términos de elección o preferencia, exponiendo que son aquellos individuos que no participan en actividades sexuales. Por otra parte, Storms (1980) define la asexualidad como la ausencia de orientación sexual en donde los individuos pueden presentar o no bajos niveles de fantasías eróticas homosexuales y heterosexuales. Asimismo, autores como Lori Brotto (2010) y Morag Yule (2013) concuerdan en que la asexualidad es una falta de atracción sexual, pero le añaden el factor de permanencia, es decir, que la asexualidad es de por vida. Por otro lado, Cerankowski y Milks (2010) dirigen la asexualidad hacia la falta de deseo y exponen que esta

falta no debe suponer ninguna angustia en el individuo en comparación con las personas no asexuales que sí la experimentan al percatarse de que su deseo ha disminuido o desaparecido.

Hanson (2013) define la asexualidad como la no experiencia de atracción sexual. En este concepto incluye una variedad de manifestaciones como las personas que se autoidentifican asexuales, personas que no experimentan la atracción sexual y la atracción sexual ausente debido a diversas situaciones y experiencias. La asexualidad entonces puede extenderse más allá de la autoidentificación y la simple falta de atracción, tomando la posibilidad de ser entendida como un meta-constructo análogo a la sexualidad (DeLuzio Chasin, 2012). Al entender la asexualidad como un meta-constructo hace que ésta se ajuste a la diversidad de la población asexual, convirtiéndose en un término más maleable y flexible capaz de adaptarse a las aplicaciones donde la asexualidad se ve opuesta al motivador implícitamente sexual (Hanson, 2013).

Boagert define la asexualidad como una ausencia de atracción sexual o interés por otros y añade que las definiciones que se han dado a lo largo de la historia implican una falta de inclinaciones sexuales o de sentimientos dirigidos hacia los demás y que estas inclinaciones o sentimientos se deben caracterizar por poseer una naturaleza duradera o implicar una disposición u orientación (Boagert, 2015). La definición de la falta de atracción sexual ha surgido recientemente como una respuesta a la teoría y los trabajos empíricos en asexualidad y el hecho de que se describa como una falta de atracción incluyendo las fantasías sexuales, no compromete el hecho de que una persona que se considera asexual no haya tenido, o no tenga experiencia sexual. Una definición de asexualidad basada en la atracción dejaría por fuera a términos como el celibato o la castidad puesto que estos son una decisión activa a no tener relaciones sexuales, aun cuando se hallan motivados para esto.

Por otro lado, Mara T. Johnson (1977), en el artículo “Asexual and autoerotic women: Two invisible groups”, define a las personas asexuales como aquellas que, si bien cuentan

con una condición física y emocional, un recorrido sexual del momento y un compromiso conyugal o la orientación ideológica, parecen preferir no dedicarse a la actividad sexual. Adicionalmente, concibe a las mujeres autoeróticas como aquellas que reconocen el deseo, pero prefieren satisfacerlo solas y a las mujeres asexuales como aquellas que no tienen deseos sexuales. Asimismo, expone que la asexualidad puede ser entendida en dos categorías, si existe masturbación o si, por el contrario, no la hay. Expone la opresión que sufren las mujeres asexuales en esa época ya que en la sociedad está el imaginario de que los roles que cumple la mujer son naturales o adecuados y surge el planteamiento de que los asexuales están oprimidos por la invisibilidad consecuente de cómo la sociedad los ve. En este punto, Bogaert expone que socialmente no se valida la asexualidad porque se piensa que es un estado temporal, que va a cambiar a lo largo de la vida. Es importante resaltar que este artículo da luz a las diferentes categorías que entran en la asexualidad y en la manera en cómo ésta se entiende que posteriormente se desarrollarán.

Desde el esencialismo sexual se asume al deseo sexual y la actividad sexual como biológicamente determinadas (Carrigan, 2011 citado por Mitchel y Hunnicutt, 2018), asunción que lleva a que la asexualidad en la antigüedad haya sido medicalizada y vista desde una perspectiva patológica, que incluía en su definición la inmadurez en el desarrollo sexual como consecuencia de haber experimentado un evento traumático (Cerankowski y Milks, 2010).

Tal es el caso de la tercera versión del *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales* (DSM) 1980, donde se incluyó el trastorno del deseo sexual inhibido, el cual fue denominado posteriormente como trastorno del deseo sexual hipoactivo (TDSH), padecido únicamente por los hombres, regido por criterios como la reducción significativa o ausencia de pensamientos, fantasías sexuales o eróticas en un periodo mínimo de 6 meses, durante los cuales se evidencia un malestar clínicamente significativo que no se puede atribuir a

sustancias o condiciones físicas o biológicas; puede llegar a ser de por vida, adquirido, generalizado o situacional, y ser clasificado como leve, moderado o grave.

De igual manera en el caso de las mujeres, se encontró el trastorno del interés/excitación en el que se disponen indicadores como la falta o disminución del interés/excitación sexual femenina que se manifiesta en baja actividad sexual y la no admisión de los intentos de la pareja por iniciarla, falta de fantasías o pensamientos eróticos y sexuales en el momento de la actividad sexual y carencia en las sensaciones genitales durante la actividad sexual con la pareja (Mitchell y Hunnicutt, 2018). Este punto refleja el intenso debate alrededor de la asexualidad que tiene la limitación entre la orientación sexual y la disfunción clínica. Boagert diferencia la asexualidad de las parafilias sexuales, dado que la actividad sexual hacia un objeto no incluye la asexualidad.

Además, si bien existe la posibilidad de adaptar en cierta medida la definición de asexualidad al TDSH, queda un porcentaje muy alto de esta definición que no se adecua a aquellos individuos que no experimentan ninguna angustia y que, por el contrario, disfrutan de sus actividades masturbatorias sin necesidad de incluir contacto con otras personas. Sin embargo, las personas asexuales si pueden llegar a presentar angustia al notar su bajo deseo sexual, producto de la presión social (Blanco y Tello, 2015). En relación con este aspecto, el proceso de presentarse a la sociedad como una persona asexual puede ser un punto importante, si bien algunas personas asexuales que no sienten ninguna atracción romántica no tienen la necesidad de comunicar su orientación/identidad sexual.

Existe, por otro lado, aquellas personas que sí sienten la necesidad de comunicar este aspecto de sus vidas y este proceso aún no está claro y mucho menos las implicaciones y el impacto que se genera a nivel social, personal y familiar. El estudio realizado por Robbins, Graff y Query (2016) desde un enfoque fenomenológico, proporciona una visión cualitativa del proceso de “salir del closet” para personas asexuales. Este estudio analizó las narrativas

de 225 individuos autoidentificados como asexuales provenientes de tres comunidades virtuales (AVEN, Apositive.org y *Asexuality Live Journal*) donde el 69% eran mujeres, 16% eran hombres y el 15% se identificaba como “otro” o “no diferenciado”.

Dentro de las narrativas analizadas, se eligieron temas destacados como el escepticismo de los familiares y amigos, la falta de aceptación y los malentendidos, la decisión de no revelar su identidad asexual, el alivio de descubrir la comunidad asexual y el papel que jugó el internet en el descubrimiento y la construcción de esta identidad. Los resultados arrojados fueron: 13% de la población informó estar en una relación asexual romántica, 7% comunicó estar en una relación sexual, 48% son solteros en busca de una relación no sexual y el 26% son solteros que no buscan ninguna relación.

En cuanto a la masturbación, el 36% reportó no haberlo hecho nunca, el 17% comunicó que lo hacía una vez al mes y el 7% lo hacía una vez al día. En relación con haber comunicado al menos a una persona su identidad asexual, el 86% reportó haberlo hecho, en contraste con el 16% quienes no lo había revelado a nadie. Se resalta que el 86% de la población comunicó haber sufrido de abuso sexual en la infancia. Se identificaron 3 motivos para aquellos que eligieron comunicar su identidad asexual y también se encontró que muchos participantes no vieron necesario comunicar su asexualidad, pero que al hacerlo disminuyeron las preguntas relacionadas con las citas y la búsqueda de pareja.

Otros participantes manifestaron que comunicaron su asexualidad, porque al hacerlo daban un paso hacia la integración de su identidad. Además, reportaron verse obligados a “salir del closet” para establecer relaciones auténticas y significativas. Por otro lado, se vió como fascinante e influyente el descubrimiento de las comunidades asexuales virtuales para aquellos participantes que creían que su bajo deseo sexual era patológico. Este descubrimiento les permitió aceptar y validar su experiencia e identidad.

Por otro parte, se encontró que en ocasiones la comunicación de la identificación con la asexualidad se debía a que en la relación constituida había un miembro con orientación sexual, y lo que buscaba era facilitarle la comprensión a la pareja sobre cómo es la experiencia del sexo en una persona asexual o para tratar los problemas sexuales dentro de la relación. Sin embargo, hubo participantes que decidieron no comunicar su identidad asexual, debido a que sentían que la información era privada y de poca relevancia para los demás, manifestaron que solo se lo comunicaban a su pareja ya que esta información sólo le competía a ésta.

También se encontró que para algunos participantes su asexualidad no era una parte notable como para comunicarla, en comparación con aquellos que no lo hacían por temor a las consecuencias sociales. Esta última parte se debe a la falta de conocimiento sobre la asexualidad en general y se le suma el hecho de que no es aceptada como una orientación sexual, por lo que algunos participantes eligieron la posibilidad de evitar el rechazo.

Otro estudio que reveló resultados similares en relación con el proceso de “salir del closet” de las personas identificadas como asexuales fue el de Mitchell y Hunnicut (2018), donde se encontró que algunas personas identificadas como asexuales reportaban decirlo solo a las personas de su círculo cercano y manifestaron incomodidad al tener que decirlo a personas desconocidas, muchos coincidieron que hablar de la asexualidad hace que se visibilice y se vaya aceptando, aunque también hubo participantes que comunicaron sentirse más cómodos contándolo a extraños que a su familia.

Adicionalmente, este estudio muestra hallazgos relacionados con el descubrimiento de la asexualidad y facilitación para autoidentificarse como tal gracias a las comunidades virtuales, especialmente con Reddit, que contribuyó a que las confusiones que se tenían fuesen cesando y se fortaleciera el entendimiento de por qué no hay conexión con algunas cosas. Otros hallazgos relacionados son, la participación en relaciones amorosas sin que

hubiese interés o atracción sexual, la tenencia de relaciones sexuales por la presión social que supone pertenecer a un género el cual está ligado a ciertas expectativas sexuales, y los sentimientos y pensamientos relacionados a que la falta de atracción sexual es patológica y por lo tanto se debe acudir a un profesional reportados por algunos participantes. Estos resultados muestran que la asexualidad es mucho más compleja o va más allá de la falta de atracción sexual.

DeLuzio Chasin (2013) expone que las investigaciones académicas definen la asexualidad como una falta de atracción sexual de por vida, lo que la posiciona y encamina hacia los discursos esencialistas de la orientación sexual, dejando el espacio para que la asexualidad sea vista por fuera de la noción patológica. Sin embargo, esta definición esencialista que toma la asexualidad llega a ser problemática debido a que supone oposiciones binarias entre las personas que deberían ser aceptadas como asexuales y aquellas que deben recibir tratamiento psiquiátrico por bajo deseo sexual, por lo que señala que es importante comprender una definición segura de asexualidad y de la definición binaria que la respalde. Adicionalmente, la definición de asexualidad desde la que se tome posición va a estar atravesada por dos categorías: las personas asexuales que nunca han experimentado deseo sexual y aquellas que lo han experimentado y que, por diferentes razones, ha disminuido o desaparecido.

Surgimiento de la asexualidad como una orientación en la era virtual actual

La asexualidad es un término que se ha venido visibilizando en la actualidad y es desde la virtualidad y las redes sociales, donde se ha ido construyendo de una manera fuerte y contundente. El internet abrió las puertas a aquellas personas identificadas como asexuales para encontrar personas con perspectivas y experiencias similares, logrando así que a través de un grupo compartir sus experiencias, explorarlas y realizar preguntas entorno a éstas. Se

da así lugar a la creación de la comunidad *Asexuality Visibility and Education Network* (AVEN) fundada en el año 2001.

AVEN es la comunidad virtual que se creó con el fin de trabajar por el reconocimiento y la integración de la asexualidad por parte de las instituciones, además, de visibilizar y normalizar la asexualidad como una orientación sexual, tener un rol activista y promover estudios académicos de la asexualidad y dirigidos hacia las personas que se auto identifican como asexuales. Esta comunidad define la asexualidad como la falta de atracción sexual hacia otras personas independientemente de su sexo. Esta falta de atracción es estable en el tiempo y no es producto de alguna alteración fisiológica o psicológica. En contraste, una persona asexual se encuentra en un estado físico y psicológico óptimo que expresa no sentir ninguna necesidad e interés por mantener relaciones sexuales, sin embargo, esto no implica que no mantengan relaciones románticas o posean una pareja (López, 2015).

La gran mayoría de sitios web como blogs, microblogs y redes sociales toman la definición de asexualidad que da esta comunidad virtual (basada en la falta de atracción) y, a través de la escritura y otras formas de autoexpresión, se reflejan las diferentes nociones que toma la asexualidad para varios asexuales. Estas comprensiones abren el camino para la construcción de los diferentes matices que conforman esta comunidad. Es así como la asexualidad se mueve en grados que van desde la asexualidad sin ninguna clase de atracción, denominada asexualidad arromántica, hasta la asexualidad donde conjuntamente existe la atracción romántica y que, dependiendo hacia que género se dé, recibe el nombre de hetero-romántica, homo-romántica o biromántica (Chasin, 2013). Adicionalmente, esta comunidad acoge otros tipos de preferencias que resultan difusas para los límites definatorios de la asexualidad, pero que, a su vez, no se ajustan a la visión coitocéntrica habitual, añadiendo a la clasificación creada a los “autosexuales”, conceptualizados como aquellas personas que pueden tener sensaciones sexuales sin ninguna necesidad de compartirlas con otras personas

y a los “demisexuales” en donde las relaciones sexuales se llevan a cabo de manera ocasional, sumándole la conexión emocional como un factor determinante y la sensualidad corporal con un peso más importante que la genital (López, 2015).

Por otro lado, cabe resaltar que cada persona asexual experimenta el deseo y la atracción de maneras diferentes, por lo que están aquellos asexuales que tienen un deseo sexual no dirigido y que es atenuado por medio de la masturbación, puesto que es común que se experimente en las personas asexuales poco o nada de deseo sexual (Jay, 2003). La masturbación es considerada una práctica sexual, pero la realización de ésta no está necesariamente asociada a una contradicción con la asexualidad, puesto que aún permanece el deseo de no tener pareja. Se distingue entonces la masturbación que va dirigida a satisfacer un deseo sexual, de la masturbación que cumple solamente una función fisiológica (Lu, 2017).

En el estudio realizado por Yule Morag, Lori Brotto y Boris Gorzalka (2017) titulado “Sexual Fantasy and Masturbation Among Asexual Individuals: An In-Depth Exploration” se investiga los motivos de la masturbación y los contenidos de las fantasías sexuales de las personas identificadas como asexuales haciendo una comparación con las fantasías sexuales de las personas sexuales. La muestra de la población estuvo constituida por 351 participantes categorizados como sexuales de los cuales 292 eran mujeres y 59 eran hombres. Por el lado del grupo categorizado como asexuales la muestra fue de 388 participantes constituidos por 221 mujeres y 167 hombres. Los hallazgos de este estudio evidenciaron que la frecuencia de masturbación de las mujeres asexuales era menor en comparación con las mujeres sexuales en contraste con los hombres sexuales y asexuales quienes no obtuvieron una diferencia significativa en la frecuencia de la masturbación. En cuanto a los motivos que llevaban a la masturbación, las mujeres y hombres asexuales fueron menos propensos a informar placer sexual o diversión en comparación con las mujeres y hombres sexuales. Las mujeres

asexuales informaron que se masturbaban porque sentían que debían hacerlo y que la masturbación no se llevaba a cabo con la finalidad de “aliviar la tensión” en contraste con las mujeres sexuales quienes tenían más probabilidades de hacerlo con este fin. Por el lado de los hombres asexuales, se encontró que, al igual que las mujeres asexuales, había un sentimiento de deber para la masturbación; sin embargo, se reportaron motivos como estar aburrido, querer conciliar el sueño, como una manera de relajarse, creencias como que la masturbación evita la epididimitis (inflamación de la estructura tubular que se encuentra en la parte posterior de los testículos) y la “procrasturbación” entendida como una forma de hacer uso de la masturbación para evitar hacer una tarea o actividad, debido a que la recompensa que ofrece la masturbación (el placer) es más inmediata que la que ofrece la tarea o actividad que se evita. Los hombres sexuales reportaron que se masturban por razones como tener una pareja desinteresada o no disponible, soledad, como método que ayuda a aliviar el estrés y como “necesidad de practicar”.

En relación con las fantasías sexuales, los resultados fueron similares. Las mujeres y hombres asexuales reportaron ser menos propensos a tener fantasías sexuales que su contraparte sexual. Además, las personas asexuales que reportaron haber tenido una fantasía sexual resaltaban que no se encontraban involucradas otras personas. En los casos donde sí se reportó la presencia de otro en la fantasía sexual, se encontró que eran personajes de ficción. Además, en los casos que se reportó la existencia de fantasías sexuales, éstas tenían contenidos relacionados con prácticas y fantasías eróticas libremente consensuadas BDSM (Bondage, Disciplina, Dominación, Sumisión, Sadismo y Masoquismo), fetiches y fantasías de no consentimiento. No obstante, las mujeres asexuales fueron más propensas a informar que nunca habían tenido una fantasía sexual en comparación con los hombres asexuales. La proporción de individuos asexuales que reportaron participar en fantasías sexuales fue de un 65% en las mujeres y un 80% de los hombres. Así mismo el 57% de mujeres asexuales y el

75% de hombres asexuales informaron tener fantasías sexuales y llevar a cabo masturbación a pesar de reportar una falta de atracción sexual. Estos porcentajes ponen en cuestionamiento la concepción de fantasía sexual, ya que las fantasías sexuales se consideran como un aspecto que revela los deseos más íntimos de un individuo. No obstante, los resultados de este estudio revelan que los individuos no actúan sobre estos deseos obligatoriamente, por lo que las fantasías pueden no ser el reflejo de los deseos o ser tomadas como deseos sexuales innatos. En este sentido, las fantasías sexuales en las personas identificadas como asexuales tendrían la función de facilitar la excitación sexual fisiológica y la masturbación. Estos datos corroborarían los hallazgos actuales que orienta la asexualidad hacia un grupo heterogéneo en el que conviven una gran variedad de formas en las que se puede experimentar la falta de atracción sexual, en esta variedad entrarían la falta total de atracción sexual, la sexualidad autóctona, el aloerotismo y distintos tipos de tendencias parafílicas, lo que sugiere la posibilidad de que existan subtipos de asexualidad (Yule, Brotto y Gorzalka, 2017).

AVEN, aparte de ser un medio que contribuye a la formación de la identidad, también proporciona información para transformarla a una acción colectiva, que permita a través de la educación disminuir el estigma vinculado con la asexualidad (Brotto y Yule, 2011).

Igualmente tiene una función de sensibilización que ha sido importante para focalizar los recursos y las conversaciones comunitarias para aquellas personas que no experimentan la atracción sexual y los investigadores interesados. A pesar de esto, la cuestión de quien define la asexualidad sigue sin responderse (Hawkings, 2018). No obstante, los programas de entrevistas de Estados Unidos y algunos psicólogos critican de manera pública la aceptación desbordada que tiene la comunidad asexual para sus miembros, puesto que puede llegar a disuadir a personas sexuales que tienen un bajo deseo sexual a buscar ayuda y recibir un tratamiento acorde (Chasin, 2013).

Para la comunidad asexual, la asexualidad es un asunto de autoidentificación y se concibe como una falta de atracción combinada con una identificación como asexual, tal definición les permite explicar la asexualidad a las personas que no lo son (AVEN). En este punto Chasin (2013) argumenta que la asexualidad puede entenderse desde la identificación y la falta de ésta, puesto que muchos de los asexuales reconocen que su asexualidad se debe a que no hay identificación alguna con la sexualidad, lo cual contrasta con la idea de que la asexualidad tiene que ver con una identificación positiva con otras personas en este espectro asexual; en otras palabras, la identidad va ligada a ser asexuales o no asexuales más que una falta de identificación.

Aportes de las ciencias humanas y las teorías feministas y de género a la posibilidad asexual

En el campo de las ciencias humanas y sociales se hace referencia a individuos o parejas que por elección o preferencia y en un acuerdo recíproco no mantienen relaciones sexuales. Adicionalmente, se habla de aquellas personas que no consideran importante las relaciones sexuales o pueden vivir sin sentir su necesidad y aquellas que renuncian al sexo. De acuerdo con esto último, las personas que se definen como asexuales dicen que el hecho de renunciar al sexo implica una decisión activa de abstenerse a tener relaciones sexuales, señalan que ellos no hacen una renuncia, sino que es más una condición, tendencia e inclinación natural. Otros investigadores, como Joosten van Vilsteren (2005), sugieren que el no tener impulso sexual es una predisposición genética (Citado por Álvarez, 2010).

De igual manera existe la asexualidad como aquella opción social y política que perturba varios aspectos de la vida moderna, como por ejemplo el matrimonio y su noción de que la unión es importante, y la premisa de que todas las personas tienen predisposiciones naturales hacia el sexo. Esto desencadena la presunción de que los derechos tienen que construirse de una manera inclusiva que les permita a otros obtener un reconocimiento y

validación pública de su atracción sexual natural. Por lo tanto, la asexualidad desestabiliza estas concepciones y plantea que los derechos no deberían estar basados en instituciones como el matrimonio ni el uso de la sexualidad como una base subyacente para el establecimiento de derechos y privilegios (Fahs, 2010).

Los datos de la encuesta nacional de crecimiento de los Estados Unidos fueron tomados por Poston Jr. y Baumle para analizar desde dónde se estaba partiendo para entender la asexualidad (Poston & Baumle, 2010). Se encontró que un punto de partida está basado en la perspectiva de construcción social en la que se fundamenta Boagert, donde la asexualidad se ha medido en tres dimensiones: el comportamiento, el deseo y la identificación. Además, se expone que en la definición de asexualidad se hallan dos enfoques: la visión esencialista, en donde se asume la existencia de una clasificación binaria para la existencia humana que comprende a la asexualidad como un fenómeno que incluye variables biológicas y psicosociales (Laumann et al. 1994) y la visión de la construcción social, que va en contra de esa clasificación binaria y propone que la orientación sexual se desarrolla a través de un continuo con diversos grados que fluyen entre homosexualidad y heterosexualidad, destacando que las prácticas y definiciones varían según la cultura (Foucault, 1978 y Seideman 1996), añadiendo el tono de subjetividad, puesto que lo que puede ser adecuado para un asexual puede que no lo sea para otro (Poston & Baumle, 2010).

Para comprender de una manera más precisa y adecuada en qué marco y cuáles son los elementos que posibilitan que surja y se empiece a considerar la asexualidad como una identidad u orientación, es preciso exponer el pensamiento de autores como Anne Fausto-Sterling, Michael Foucault, Monique Witting, Judith Butler y Beatriz Preciado, quienes impactaron de manera significativa aquellas definiciones de género y sexo que se venían manejando y le abrieron campo a la posibilidad de entender estos conceptos desde una perspectiva cultural.

Por un lado, las perspectivas constructivistas se proponen como finalidad presentar y desarticular el debate alrededor del dualismo entre género-sexo y emprender hacia la comprensión de un género fluido. Sus teorías se han enfocado mayoritariamente en el género y la pluralidad de orientaciones sexuales, a partir de las cuales se inicia la construcción de la identidad libre de la dicotomía que supone el control de los cuerpos. Sin embargo, se da por sentado la existencia del deseo sexual y, por lo tanto, la normalización de esta existencia entre las personas y no se ha hecho ninguna aproximación directa de cómo está constituido el deseo sexual, surge entonces la necesidad de expandir los grados de la sexualidad y situarlos en un continuo donde se fluctue desde la pansexualidad hasta la asexualidad, incorporando la faceta romántica en relación con la atracción (Blanco y Tello, 2015).

Anne Fausto-Sterling (2006) expone la complejidad del cuerpo humano que sobrepasa la simplicidad biológica y médica de ciertos ámbitos de las ciencias sociales, las cuales no arrojan los datos suficientes que permitan obtener una respuesta definida sobre las diferencias sexuales, lo que lleva a entender que el sexo no es solamente una categoría física, y ubica a su pensamiento en una perspectiva con tendencias a lo social. La ciencia ha dirigido el conocimiento hacia la integración de los signos de género de una manera más intensa en el cuerpo; aspectos como establecer la exclusividad de ciertas hormonas a las funciones sexuales, pasado por alto el impacto de éstas en todos los órganos del cuerpo humano o la química corporal, llevaron a la sexualización del cuerpo con el fin de instaurarlo como un instrumento de control. Se expone que este control se ha trasladado de la religión hacia la institución científico-médica de la cual emerge lo que se denomina estados terapéuticos, en donde las sociedades occidentales principalmente presentan una preocupación por toda la salud, haciendo que se recurra y vea al Estado como aquel ente que protegerá el cuerpo vulnerable.

La postura de Fausto-Sterling no se aleja mucho de lo que propone Michel Foucault, quien expone al cuerpo como un texto donde se escribe la realidad social y, por lo tanto, se encamina a analizar aquellas formas de control que a través de instituciones como la medicina, la escuela, el ejército, etc., se dirigen a potenciar las capacidades biológicas e intelectuales del individuo y a vigilar el comportamiento individual, asignándole normas corporales rigurosas, maneras de actuar y acatar con el fin de mantener un orden social. Esto lo lleva a centrarse en lo que él denominó biopolítica, definida como aquella ideología donde se requiere del control del cuerpo del individuo, constituida por aquellos discursos que inciden en el cuerpo y modifican los comportamientos, las actitudes y las formas en las que nos relacionamos con nosotros mismos, moldeando al cuerpo como un producto social, inscrito en relaciones de poder y dominación mediante dispositivos estratégicos, prácticas discursivas, disciplinas y espacios que contribuyen a hacerlo dócil. En este entorno el cuerpo se toma como aquel centro donde recaen los poderes y conflictos (Sossa, 2011 y Barrera, 2011). Foucault, en su libro *The History of Sexuality: An Introduction* (1978) expone cómo la sexualidad se piensa desde lo que él llama la hipótesis represiva, que es aquella idea donde la sexualidad se vive socialmente desde un modo represivo, es decir, que el hablar de sexo se convierte en algo inadecuado, en algo que es mejor que se haga a escondidas, así como la noción de que el sexo es una zona íntima que hay que mantener cubierta. Cuando se empieza a comprender cómo es que se está hablando de la sexualidad, el foco del cuestionamiento ya no se centra en que se hable de ésta o no, sino en que la sexualidad se habla de una única manera: la normalización, es decir, en la cotidianidad se establecen discursos y prácticas que definen lo que es una sexualidad correcta. La hipótesis represiva trae consigo un dispositivo de la sexualidad donde emerge un discurso en el que hay un deseo ávido por saber de sexo, pero simultáneamente hay vergüenza por saber. Se presenta la idea de que no solo queremos saber todo sobre el sexo, sino que el sexo sabe todo de nosotros y existe la suposición que, al

comprender nuestros deseos, limitaciones y fantasías, se comprende nuestra subjetividad. Éste es un punto en el que ha trabajado fuertemente el psicoanálisis.

Los gustos sexuales explican lo que somos debido a que detrás hay un dispositivo hermenéutico que se posiciona como una de las formas con las que contamos para comprender la relación con el placer y con nosotros mismos. La biopolítica trae consigo la búsqueda de normalización de nuestras conductas, aquellas conductas que no se acoplan a esta normalización empiezan a tener el rol de anomalías. El tener este rol implica que son conductas que son tratables mediante un dispositivo de saber que se desarrolla para tal fin y opera sobre éstas. Esto permite vislumbrar que lo que queda excluido, al ser tratable de alguna manera, se está incluyendo.

Al normalizar una sociedad que habla todo el tiempo de la sexualidad, simultáneamente se está normalizando las anomalías de ésta. La anomalía puede verse reflejada en la ruptura o el cuestionamiento de cualquier institucionalización del vínculo afectivo, como lo es la monogamia (institución que más ha internalizado nuestro vínculo con el otro) y, en general, todas aquellas propuestas que escapan de la forma monogámica tradicional, y los cuestionamientos entorno a si el amor está asociado con la normalización o no. En este sentido la sexualidad se entiende como un mecanismo de control que está en manos de instituciones de poder que es el que normaliza nuestras prácticas (Foucault, 1978).

Monique Wittig, igual que Foucault, es considerada una de las precursoras de la teoría *queer*, asimismo es una autora que se asocia rápidamente con el movimiento francés de liberación de las mujeres. Sus ensayos ponen en controversia algunas de las premisas básicas del feminismo contemporáneo, aspecto que se hace evidente con la reconocida frase con la que finaliza su conferencia “El Pensamiento Heterosexual”: “Las lesbianas no son mujeres”. Con esta frase se logra evidenciar que hasta ese momento el feminismo se había centrado en cuestionar el patriarcado en términos del poder que el hombre ejercía sobre la mujer, mas no

en las categorías de hombre y mujer en sí mismas. Esta frase trae consigo la crítica a la heterosexualidad (Wittig, 1992). La heterosexualidad se toma como un sistema político dominante, opresivo, discursivo, exclusivo y riguroso que distribuye la división sexual del trabajo. Los discursos de la heterosexualidad esencialmente dan por hecho que lo que constituye cualquier sociedad son las relaciones entre hombres y mujeres, son discursos que niegan la posibilidad de crear nuevas categorías y todo aquel discurso que cuestione sus premisas es reducido al campo de lo mental, generando de esta manera una opresión a todas aquellas personas como lesbianas, gays y mujeres que no encajan en este discurso. En este sentido, Wittig aborda la problemática género-sexo y cuestiona el concepto de mujer como eje central de una lucha política del movimiento y como sujeto del feminismo, haciendo alusión a que este concepto es una categoría social que corresponde a un sistema económico de explotación y de una construcción ideológica. La manifestación de movimientos de feminismo, lesbianas y gays sacudieron las categorías filosóficas y políticas que manejaban las ciencias sociales, pero estas mismas categorías pasan por un análisis superficial en las ciencias contemporáneas (Wittig, 1992).

En la teoría performativa de género desarrollada por Judith Butler, se analizan las categorías hombre y mujer, se expone que éstas están enmarcadas en un esquema de pensamiento donde el mundo queda dividido en masculino y femenino. Esta división es generada por referentes sociales asociados con el género y soportados en características naturales de los cuerpos sexuados, es decir, las categorías de hombre y mujer están marcadas por el pensamiento de diferenciación sexual que posee la sociedad. Para Butler, la formación del sujeto en términos de identidad y cuerpo se da dentro de la reiteración obligada de las normas de género que dictan como deben ser los sujetos (Saénz, Prieto, Moore, Cortés, Espitia y Duarte, 2017). El género, en términos de Butler, es el resultado de un sistema coercitivo que se atribuye los valores culturales de los sexos, asimismo es imitativo y

representativo. A esto lo denomina *performance*, que se refiere a la imitación continua de los significados de una manera encarnada, por ejemplo, el comportamiento amanerado de algunos hombres homosexuales o transexuales, lo que revela la estructura imitativa propia del género. Adicionalmente, teoriza sobre las categorías de identidad que define como instrumentos que regulan y, a su vez, como categorías que normalizan las estructuras opresoras, controlan el erotismo, describen y, en una medida muy mínima, liberan. Resalta cómo la representación de la heterosexualidad es obligatoria para el sujeto y cómo su actuación debe ceñirse a ésta, recalcándole continuamente los castigos que puede recibir si cruza las fronteras del género (Fonseca y Quintero, 2009). En esta heterosexualidad obligatoria o heteronormatividad las identidades de hombre y mujer se toman como las únicas verdaderas y como modelos morfológicos que establecen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo (Gros, 2016).

Siguiendo esta línea, el movimiento social del feminismo dio a lugar a que las categorías género y sexo se vieran desde una perspectiva constructivista, las ideas que se introducen en las bases del feminismo provienen de autores como Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, quienes a través de la filosofía existencialista derriban los obstáculos sociales esencialistas, introduciendo así la idea de “otredad” en el feminismo y, a su vez, generando debates en torno al género relacionados con la materialización del sexo biológico, la existencia de un sistema opresor dirigido especialmente a la sexualidad y la pasividad del género frente al cuerpo. En relación con la homosexualidad, ésta declina las relaciones sexuales entendidas como primitivas y las eleva a condición erótica en la cual el género es el foco base. De igual manera, la aceptación de esta diversidad u orientación sexual asume que se pasa por un deseo genital manifiesto hacia otra persona, siguiendo la posición hegemónica que tiene el sexo en las sociedades (Blanco y Tello, 2015)

Wittig y Butler coinciden en que el sexo es una construcción social que determina el papel y los roles que las mujeres deben jugar tanto en el ámbito público como en el privado. Esta afirmación da la posibilidad de que cada individuo construya su propia sexualidad al margen de dualismos sociales socialmente coherentes resultaría ser una posibilidad mucho más legítima que todas aquellas acciones políticas que se llevan a cabo en nombre de la libertad (Fonseca y Quintero, 2009). La asexualidad, en este sentido, surge paralelamente con el discurso LGTB y con una estrecha cercanía y similitud con el discurso *Queer* y sus postulados, aspectos que resultan cruciales para separarla y diferenciarla de manera radical de conceptos como la abstinencia sexual, el celibato y la castidad producto de alguna corriente religiosa (López,2015).

Beatriz Preciado por su parte, centra su discurso en las contradicciones discursivas y epistemológicas que han atravesado las reflexiones sobre la política de género y sexualidad que se da en el feminismo, en la filosofía francesa, las teorías contemporáneas del cuerpo y el performance. Es así como se introduce el término de la contra-sexualidad que enmarca toda una indagación crítica sobre aspectos relacionados con la diferenciación de género y sexo, catalogados como aquel producto de un contrato social heterocentrado en el cual el cuerpo está inscrito en normatividades que son consideradas verdades biológicas y que conjuntamente está dirigido a reemplazar el contrato social que está instaurado, denominados naturaleza o universales transculturales, por el contrato contra-sexual que se dedica a deconstruir sistemáticamente aquella naturalización de las prácticas sexuales y del sistema de género. En esta teoría el cuerpo no se construye alrededor de nociones de hombre o mujer, sino como un cuerpo parlante con la posibilidad de acceder a todas las prácticas significantes. De igual manera, el orgasmo, la excitación y deseo sexual, son vistos como productos de una tecnología sexual que plantea a los órganos reproductivos como órganos sexuales, inscribiendo al sexo y el género como aparatos que pertenecen a un sistema tecnológico

complejo (Preciado, 2002). Adicionalmente, Preciado propone el modelo *biodrag* que se posiciona como un modelo alternativo de la construcción de la identidad de género, el contexto en el que surge es la etapa donde el capitalismo está en su máximo esplendor y designada como la era farmacopornográfica, que se distingue por la gestión biotecnológica de la sexualidad encaminada hacia la economía y donde el beneficio económico se obtiene de lo que Preciado denominó “fuerza orgásmica”, haciendo referencia a la potencia de excitación de un cuerpo, que controla su subjetividad sexual mediante mecanismos biotecnológicos. Además, el nombre que le asigna a esa fase del capitalismo o era, deja entrever la relación estrecha entre la farmacología y la pornografía que vienen a ocupar el lugar de las dos industrias más poderosas del capitalismo: la primera, dirigida hacia la mujer con dispositivos como la píldora anticonceptiva y, la segunda, dirigida principalmente hacia el hombre con medios como la revista *Playboy*, logrando así afianzar la matriz heterosexualista occidental. De igual manera, esta era del capitalismo da origen al panorama en el que acontece un nuevo ordenamiento de la sexualidad que emerge con la aparición del término “género” que se distingue del sexo biológico natural, intransferible y estático por ser maleable, propenso a ser imitado, transferido y producido, creando el escenario donde el uso de la tecnología modifica el cuerpo de acuerdo al ideal regulador y da lugar a un cúmulo de métodos de normalización y transformación de la subjetividad sexual (Gros, 2016).

En los primeros discursos del feminismo radical, como el manifiesto SCUM de Valerie Solanas, se ve como la asexualidad es tomada como un medio que interrumpe los vínculos claves entre sexualidad y estado representado por instituciones que tienen como objetivo controlar la reproducción, el placer y el cuerpo de la mujer. A través de la examinación a los primeros escritos feministas radicales y el contenido histórico y teórico del separatismo (ideología que promueve la separación de una entidad con el objetivo de obtener independencia o libertad) se encuentra que la acogida de la postura que se aleja del sexo

funciona como una manera de ir en contra de la institución del sexo y, a partir de ésta, se elaboran objetivos enfocados hacia el nihilismo, la anti-reproducción y el anti-familiar. El cuerpo alrededor de 1960 se ubica como un espacio crucial de la lucha política, para las mujeres la libertad de ser sexual sin impedimentos se consideraba como un acceso a una de las libertades que venían siendo prohibidas, de tal manera el no ser partícipe de la sexualidad puede verse relacionado con la política anarquista y, en general, como maneras alternas de cambio social. Por consiguiente, la asexualidad particularmente en las mujeres resultar ser una elección política basada en la opresión sexual, puesto que ésta les permite responder de una manera funcional a la cultura sexual al deconstruir aquellas instituciones opresivas (gobierno y familia) y reforzar el poder que tienen sobre su propio cuerpo. De esta manera, y dentro del discurso del feminismo radical, la asexualidad se entiende como una respuesta a la desigualdad.

Cuando se habla de asexualidad se tiende a situarla dentro de modelos dirigidos hacia la salud, entonces se busca la manera de categorizarla, clasificarla y patologizarla (Milligan y Neufeldt, 2001). No obstante, se deja por fuera la posibilidad de que esta sea considerada como una expresión política que desarticula las jerarquías de género al prohibir el acceso al cuerpo de las mujeres. La asexualidad, al convertirse en una identidad viable, transfigura el debate de si la homosexualidad es una identidad con la que se nace o, por el contrario, se elige e ideas tácitas como que a) todos los seres humanos tienen inclinaciones sexuales de alguna índole y que éstas son permanentes, b) la identidad es estable y c) las prácticas sexuales pueden crear identidades (Fahs, 2010).

Comprensiones del psicoanálisis sobre la asexualidad

Existen varias posturas desde el psicoanálisis que intentan comprender el fenómeno de la asexualidad. Han Victor Lu (2017), en su artículo “L’asexualite’ a` la lueur du principe de Nirva`na” [“Asexuality in the light of the Nirvana Principle”], intenta explicar la

asexualidad desde el principio de nirvana, concepto planteado por Sigmund Freud para aludir a la tendencia que posee el aparato psíquico por reducir completamente o disminuir en la mayor medida posible la cantidad de excitación de procedencia externa o interna. Adicionalmente, sugiere a la asexualidad como la otra cara de la moneda de la hipersexualidad y, a su vez, la entiende como uno de los malestares de la cultura contemporánea.

Se expone la asexualidad desde dos categorías con el fin de posibilitar una mejor comprensión. Por un lado, está el auto-rotacionalismo, es decir, la fijación en una etapa y la no ocurrencia del Edipo donde el impulso sexual encuentra satisfacción en el propio cuerpo, surgiendo la hipótesis de que puede haber un rechazo por el amor objetal y, la segunda categoría, estrechamente vinculada con la ansiedad sexual, donde hay una inhibición frente al cuerpo del otro, entendida esa inhibición como una regresión. El amor en este caso se dirige hacia un cambio de objeto: si en la homosexualidad el objeto de deseo es otro del mismo sexo, en la asexualidad sería la nada, el no objeto. Este amor se resumiría en una posesión menor o la no posesión, ya que estos sujetos mantienen relaciones de amistad o sensuales que suelen ser más fuertes e intensas debido a que su libido está completamente encauzada hacia la afectividad más que a lo sexual y, como consecuencia, el modo de disfrute se basa en la no penetración y en la evitación de los genitales (Lu, 2017). También emana la posibilidad de que la asexualidad sea el resultado de la latencia donde el niño está sexualmente molesto por la amenaza a la castración o que, como en el caso de sujetos histéricos, predomina la ansiedad que los hace propensos a ser asexuales.

La representación sexual en la sociedad contemporánea se muestra problemática debido al exceso que se hace de ésta, puesto que está presente en todos los aspectos cotidianos al mostrarla en comerciales, televisión y, al hablar de ella, sin embargo, el tener acceso a ésta y el establecer un encuentro físico con el otro suele ser complicado y se

convierte en un inconveniente. Este inconveniente desemboca en dos posibilidades, el de la abstinencia sexual o la de ejercer la sexualidad de una manera ilegal (violación, burdeles) (David Fontaine, citado por Lu, 2018),

De igual manera, la asexualidad se cuestiona como una forma de retiro de la libido y del deseo consecuente de la falta de oportunidad de acceso a la sexualidad, en la información que se conoce sobre la asexualidad es común ver cómo el potencial de encuentro no es nombrado con regularidad, lo que deja como premisa que acceder a reuniones no es el problema y lo que parece estar en juego es la calidad de estos encuentros.

La asexualidad entonces es entendida como la renuncia a la sexualidad debido a la falta de oportunidades de acceder a ésta, donde, a pesar de haber intentado otros tipos de investigación sexual, hay una renuncia a la idea sexual y, por consiguiente, se presenta esta negativa como la verdadera razón de la renuncia (Lu, 2017).

A través de diversas entrevistas, Lu (2017) intenta conocer las razones inconscientes de la renuncia a la sexualidad, una de las mujeres que participó y que se identificó como asexual, dio a conocer aspectos relacionados con su infancia y con eventos importantes en su vida, como lo son la pérdida de sus padres de una manera sucesiva con 5 años de diferencia, situación que castiga a su libido, afirmación que se confirma con los sueños reiterativos en donde pierde sus dientes, los cuales son símbolo de castración. Además, la participante se declara vegetariana, aspecto que se interpreta de una manera simbólica que se toma como la renuncia a la carne por segunda vez, siendo la renuncia sexual la primera.

Por otro lado, la lectura que hace Elizabeth Hanson (2013) sobre la existencia de la asexualidad en la perspectiva psicoanalítica, se dirige hacia el borrado que la asexualidad sufre en el discurso del psicoanálisis, puesto que la sexualidad y la subjetividad son elementos fundamentales para la constitución del sujeto y al complementarse mutuamente dejan por fuera al sujeto asexual ya que éste no es posible interpretarse de manera idónea

dentro de la narrativa teleológica de los instintos sexuales. El psicoanálisis es visto como un modelo basado en la causalidad y el conocimiento, su validez se fundamenta en la precisión descriptiva de la teoría del sujeto y de la influencia como uno. Las concepciones de la asexualidad como patología, homosexualidad reprimida o producto de los abusos sexuales se consideran como un legado de la comprensión del psicoanálisis en el siglo XX.

El complejo de Edipo es una etapa preliminar para que el sujeto logre posicionarse en el mundo y en la cual se busca incitar al sujeto para que empiece a hablar su lenguaje del deseo, en este complejo los términos “padre” y “madre” poseen inconmensurables asociaciones y relaciones personales y culturales, lo que conlleva al establecimiento de un lenguaje que exige ser hablado e individualizado para ser factible, aunque también revela una libertad condicional y una posibilidad de variaciones mediante las cuales se puede hacer de éste el lenguaje propio del deseo. El complejo de Edipo resulta ser el único lenguaje común del cual se dispone para hablar del deseo y prescindir de éste conlleva a que se haga una renuncia a las categorías, a la sociedad en sí, a las experiencias compartidas con otros y a los instrumentos discursivos que contribuyen a construir modos de articular el deseo (Silverman citada por Hanson, 2013).

Sin embargo, en la lectura que hace Hanson la función del complejo de Edipo que propone Silverman no asegura su factibilidad en el contexto, debido a que el vínculo que hay entre deseo y asexualidad no es estable y, principalmente, está sujeto a la concepción de deseo desde la que se parta. La posible incompatibilidad del psicoanálisis con la asexualidad se debe a que el discurso psicoanalítico fue construido sobre un contexto histórico particular, unas preocupaciones, unas ansiedades y unas condiciones específicas que conllevan a que se excluya la posibilidad de la existencia de la asexualidad.

Para Freud, existe una base sexual principalmente para toda la gama de la psicología humana, en la organización natural de las cosas, por lo que el no experimentar la atracción

sexual se convierte en una perturbación para Freud. Desde esta concepción surgen como herramientas que patologizan y eliminan la asexualidad los conceptos de histeria, sublimación, frigidez y el instinto de muerte debido a que se fundamentan en el encubrimiento o modificación de la atracción sexual, mas no a la falta de experiencia en sí misma.

En el caso de la histeria, definida como un tipo específico de neurosis y estructura clínica, cuyo origen data de un incidente sexual del cual no se ha realizado una elaboración asociativa, que lo convierte en un recuerdo reprimido de un intento de seducción que se vuelve traumático, suscitando de esta manera la expresión de un síntoma (Saldias y Lora, 2006). Siguiendo esta línea, la histeria desde la postura de Hanson, da como resultado la represión psicoanalítica de la asexualidad, ya que la construcción de la retórica de ésta pone de manifiesto de que en la histeria el instinto sexual posee una represión y mecanismos de resistencia mayores a lo esperado. Freud plantea esto como una aparente aversión instintiva a algún tipo de reflexión intelectual de las dificultades sexuales (Freud, 1902, citado por Hanson, 2013). Esta aparente aversión resulta ser sutilmente excluyente ya que, al ser aparente, se niega la posibilidad de que exista una aversión instintiva y solo se afirma la existencia de ésta como una apariencia. De igual manera, el reemplazo que se da de los síntomas histéricos por la actividad sexual sugiere la continuación de la sexualidad bajo otra modalidad, aun cuando la histeria parece ponerle un fin (Hanson, 2013).

Por el lado de la sublimación, la cual hace referencia a todas aquellas actividades mantenidas por un deseo que no se dirige a la satisfacción sexual, por lo que su importancia recae en la desviación entorno a lo sexual (Gerez, 2001), es decir, que la atracción sexual se remodela y redirecciona. De esta manera, una persona asexual, para Freud según esta perspectiva, se explicaría por la represión de sus impulsos sexuales y por la sublimación de éstos (Hanson, 2013).

En relación con la frigidez, ésta resulta ser un espacio donde la asexualidad puede situarse y ser entendida, y que representa una desviación de la sexualidad normativa en los adultos, Freud la conceptualiza alrededor del rechazo incompleto del amor del padre del sexo opuesto, éste amor aparentemente no sexual de los padres, se basa en las mismas fuentes del amor sexual que sería la fijación de la libido infantil. Por lo tanto, la frigidez se toma como una maduración y redirección incompleta de la sexualidad, por lo que no se puede tomar como un indicativo de asexualidad. El amor asexual y la asexualidad como tal, desde esta lectura, se invalidan y se posicionan como una superficie que contiene en su profundidad una erótica reprimida. Así mismo, la asexualidad representa una desviación de la norma sexual que puede ser entendida desde una cadena de causa y efecto o narrativa por lo que solo se puede reconocer la represión o la reestructuración de la atracción sexual, mas no en la falta de atracción (Hanson, 2013).

La lectura de Hanson (2013) del instinto de muerte y su relación con la asexualidad, se dirige hacia el importante papel que cumple Eros en la función del instinto de muerte, puesto que Eros está constantemente produciendo tensión a lo que el instinto de muerte busca motivado por el principio de placer aliviar dicha tensión, generalmente este alivio se logra mediante la satisfacción de los impulsos sexuales, específicamente con la descarga sexual. Esta narrativa no deja espacio para la posibilidad asexual puesto que ésta no tiene un objetivo ni una tendencia hacia ninguna dirección en comparación con el instinto de muerte que al buscar obtener un estado de alivio cuenta con un objetivo que le da dirección y movimiento.

En este sentido, la asexualidad es irreconciliable con la economía de deseo centrada en objetos, en esta economía el sujeto se encuentra inmerso en una estructura social en la que se hace una comprensión de éste desde el impulso y la atracción sexual, por lo tanto, la existencia de la asexualidad amenaza su integridad y totalidad, razón por la cual dicho fundamento es visto como un elemento que escapa de su capacidad y por lo que debe ser

borrado. Así mismo, la existencia de una posibilidad asexual amenaza la naturaleza fundacional del psicoanálisis y su amplitud, por lo que se recurre al olvido evidenciando el carácter impensable que puede tener la asexualidad para la teoría de Freud específicamente (Hanson, 2013).

Siguiendo esta línea, un término que podría ser usado para explicar la posibilidad asexual en el psicoanálisis es el de Afánisis propuesto por Ernets Jones, enmarcado y dirigido a explicar la muerte del deseo. La afánisis es entendida como la desaparición del deseo sexual, la abolición total de la capacidad y posibilidad de gozar (Chemama, 1998). Este concepto empieza a ser desarrollado con más profundidad y surgen entonces comprensiones que trascienden el concepto de afánisis como muerte del deseo y la sitúan como un temor inconsciente a la pérdida del deseo o al cesar de desear, temor que está más arraigado que el miedo a la castración propuesto por Freud, por lo que se convierte en una concepción que no puede ser aplicada, pero si temida.

La afánisis sería el producto de una pérdida desestructurante que afecta al objeto y la propia capacidad deseante de quien lo pierde. Para Lacan este temor se tomaría como una caída temporal en el que el sujeto goza con la posibilidad de no gozar (Lacan, 1988). Si se sigue la lectura que ha venido desarrollando Hanson, en este concepto la asexualidad tendría una noción encaminada a ser un temor y una condición indeseada por el sujeto, puesto que el deseo es lo que lo incluye en el lenguaje y en una necesidad de goce inherente a éste. Además, el ser concebido como el producto de una pérdida, dejaría por fuera la posibilidad de la existencia de la falta de atracción sexual por sí misma.

Hallazgos

Como se ha visto a lo largo del trabajo, la asexualidad es un término que resulta novedoso, y por lo tanto llegar a una definición única y universal podría ser en cierta medida reduccionista, puesto que, son numerosos los contextos en los que este concepto es usado y

son varias las definiciones que se han ido construyendo con el objetivo de enmarcarla y delimitarla según el campo de conocimiento desde el que se intente comprender. Es así como la asexualidad ha adquirido varias connotaciones, una es la que se centra en la carencia como eje central para su definición (la falta de atracción, de identificación con la sexualidad, de deseo y de interés hacia las relaciones sexuales), nociones que tienen en común la estabilidad en el tiempo y la ausencia de ansiedad o preocupación por la falta. Así mismo, surgen otras nociones que dirigen la asexualidad hacia la no existencia, ya sea de deseo, atracción, interés, identificación con la sexualidad etc.

En relación con el lenguaje que se usa en estas dos nociones expuestas, resulta interesante resaltar que quizás al hablar desde la falta, se estaría dejando la idea subyacente de que hay la existencia de un algo que por algún motivo se ha perdido o ya no está, lo que le abre la posibilidad a discursos biológicos y patológicos para elaborar conceptos sobre la asexualidad centrados en la anormalidad y enfermedad. Por su parte, al hablar de la no existencia, delimitaría de una manera más concreta la definición de asexualidad, puesto que no dejaría espacio para interpretaciones que resultan ambiguas, en ésta se deja claro que no hay existencia de algo. Este punto refleja como de acuerdo con el discurso desde el que se intente definir la asexualidad, el uso de ciertas palabras resultan más adecuadas que otras y como éstas se eligen acorde a la necesidad del campo de conocimiento desde el que se quiera definir.

Otra connotación que se le suma a la definición de la asexualidad, es la noción de ésta centrada en la elección o preferencia a no participar en relaciones sexuales, ésta se sitúa en un ámbito encaminado hacia la individualidad y la opción social, así la asexualidad queda diferenciada radicalmente de términos como el celibato y la abstinencia, puesto que, elimina la renuncia al sexo como una característica principal y posiciona en su lugar la elección o preferencia como una condición y tendencia natural. De igual manera, la asexualidad se

presenta como una herramienta social y política que tiene como objetivo cuestionar y transformar ideas sociales en las que el matrimonio y la unión son vistas como las únicas válidas, y la existencia de una inclinación natural hacia el sexo.

Siguiendo esta línea, la asexualidad de una manera general se sitúa como un término que abre el campo relacional del ser humano, se aleja de la sexualidad centrada en el coito como única manera de establecer un vínculo íntimo con el otro y posiciona en su lugar una gran variedad de atracciones como lo son la romántica, la emocional, la intelectual, la afectiva entre otras, como medios igualmente válidos e importantes en la construcción de relaciones o vínculos íntimos con otros. Adicionalmente, las formas en cómo se vive la asexualidad ponen en cuestionamiento la universalidad y veracidad de la idea del sexo como una necesidad básica y primordial para la existencia humana (López, 2015).

La identidad se expone como un componente fundamental para construcción de la asexualidad, por lo que se hace una clara diferenciación entre la asexualidad como una identidad sexual y la asexualidad como un estado transitorio y/o contingente, producto de enfermedad mental o física, aspectos como trauma, depresión, etc. En este sentido, existen diversas comprensiones que argumentan que la asexualidad no es una falta de identificación hacia el grupo de identidades sexuales existentes sino la identificación positiva con un grupo de personas que no sienten atracción sexual; se podría hablar entonces de la existencia de un deseo por identificarse que se insta culturalmente por la postura de la sexualidad que se posee.

Los componentes socio-culturales que propician el camino para que emerja la posibilidad asexual, están importantemente constituidos por las teorías sobre género-sexo y algunas teorías feministas, las cuales han permitido una comprensión de la sexualidad humana como un continuo que posee una gran pluralidad de orientaciones e identidades sexuales que trascienden la heteronormatividad como única posibilidad. Es así como entran

en la escena autores y autoras como Anne Fausto-Sterling, Michel Foucault, Monique Wittig, Judith Butler, Beatriz Preciado, Simone de Beauviour y Jean Paul Sartre, quienes con visiones distintas pero con varios puntos en común logran revolucionar las categorías de la sexualidad, la noción del cuerpo sexuado y la visión de éste como herramienta de control que se debe adaptar a las normas de género que dictan como deben ser el sujeto, y conjuntamente generar cuestionamientos entorno a la necesidad de crear categorías de identidad sexual, las cuales logran en un gran porcentaje propiciar la regulación y normalización de las estructuras opresoras que buscan controlar aspectos como el erotismo y el deseo.

De igual modo, la comprensión de la asexualidad como un medio que revoluciona las relaciones que se han establecido entre el estado y la sexualidad, y como una expresión social, se debe al discurso creado por el feminismo radical, donde la asexualidad se ve como una alternativa que va en contra de las instituciones opresivas y como una manera de cambio social que lucha en contra de la desigualdad.

En relación con la visibilidad y la posibilidad de que la asexualidad empiece a ser considerada y reconocida como una realidad individual y social tanto en el mundo académico como en la sociedad misma, son las redes sociales, quienes abren el camino a la aparición de nuevas elaboraciones y se encaminan a ser nuevas maneras de transmitir cambios relacionados con la sexualidad del ser humano, aspecto que se caracteriza por ser muy íntimo y privado (López, 2015). AVEN se instaura como una de las principales comunidades de personas asexuales que expande la asexualidad hacia un espectro que contiene una gran variedad de nociones y diferenciaciones que van más allá de la concepción anti-sexual que generalmente se evoca en el imaginario cultural al hablar de asexualidad. Además, el rol activista que toman propicia la integración y validación de la identidad, la despatologización y una mejor comprensión por parte del entorno familiar, social y romántico hacia las personas asexuales.

El borrado de la asexualidad en el discurso psicoanalítico emerge como una postura consistente, donde se enfatiza y se toma como base la negación absoluta de la posibilidad asexual en el discurso de Freud, la asexualidad en este discurso queda por fuera de la narrativa teleológica de los instintos sexuales donde la no experimentación de la atracción sexual va en contra de la base sexual que posee la existencia humana lo que imposibilita su interpretación y existencia. Es así, que conceptos como histeria, sublimación y pulsión de muerte se ven como la evidencia clara de la eliminación de la asexualidad dentro del discurso, por lo tanto, la asexualidad se ve como una amenaza que debe ser borrada. Cabe destacar, que uno de los argumentos expuestos sobre la histeria y el borrado que ésta hace de la asexualidad, está basado en los primeros escritos psicoanalíticos de Freud, escritos que posteriormente cambian y a su vez modifican ciertas bases o concepciones que se plantearon inicialmente.

Conclusiones

A lo largo de este escrito se manifiesta la asexualidad como una posibilidad dentro de las categorías de orientación e identidad sexuales existentes, que busca abrir paso hacia una comprensión de la sexualidad humana más allá de la heteronormatividad y los postulados coitocéntricos de la biología, alejando de esta manera y en cierta medida a la asexualidad de los discursos patológicos. Así mismo, se delimita y aleja de los conceptos de celibato y abstinencia sexual, y toma nociones como aquella respuesta ante la opresión o como afirmadora de independencia, cambio de prioridades sexuales y autonomía; aspectos que se logran por la contribución de varias teorías como las feministas y las de sexo-género. No obstante, resulta interesante considerar como la asexualidad puede definirse desde el concepto de sexualidad desde donde se parta, en ciertos escritos la sexualidad se toma desde la noción del acto sexual en sí, lo que le da pautas a la asexualidad para construir su discurso basado en no mantener relaciones sexuales. Si la noción de sexualidad se toma como toda

aquella interacción o relación que se establece con otro, se pondría en cuestionamiento la noción de asexualidad entendida desde esta perspectiva, puesto que, cualquier interacción como la romántica no tendría lugar porque haría parte de la sexualidad humana en sí.

El estudio de la asexualidad en la actualidad está en sus primeros pasos, la virtualidad es la herramienta que ha contribuido en mayor parte a la visibilidad de esta identidad en la esfera social y le ha proporcionado la oportunidad de ser vista no solo por las personas que se identifican como tal, sino, por el mundo académico que intenta descifrar la posibilidad de esta nueva realidad.

Por el estadio mismo de tempraneidad, los métodos que se han usado para estudiar y medir la asexualidad, aunque toman en cuenta la subjetividad, dejan por fuera numerosos componentes de esta, puesto que hay que tener en cuenta la finalidad inicial con la que se han creado estos métodos e instrumentos. Así mismo, delimitar que prácticas se consideran netamente sexuales y cuáles son asexuales aún está en construcción, en ésta entrarían en juego conceptos como la masturbación y el acto sexual mismo, ¿Qué hace a una práctica sexual o asexual?, de igual manera, cabría el cuestionamiento de ¿Qué tan necesario es legitimar la categoría asexual, teniendo en cuenta que en la misma categoría subyacen las reglas que contribuyen a su opresión? tal como lo cuestiona Judith Butler.

Siguiendo esta línea, el aspecto de permanencia a lo largo de la vida que proponen algunas definiciones de la asexualidad se pone en cuestionamiento desde la perspectiva de Kinsey, donde el ser humano puede fluctuar a lo largo de su vida en el continuo que supone la sexualidad humana, es decir, que un individuo tiene la posibilidad de identificarse como homosexual en algún momento de su vida y pasar a identificarse como bisexual en otro momento, aspecto que no tiene cabida en algunas posturas de la asexualidad, éste resulta un aspecto interesante para futuras investigaciones.

Para concluir, la comprensión de la asexualidad que se toma desde el psicoanálisis de una manera general y según los puntos de vista expuestos anteriormente, es que la posibilidad asexual no existe por sí misma, ésta se considera como el producto de un malestar cultural debido a la excesiva representación sexual en la sociedad contemporánea, de la fijación de alguna etapa y la no ocurrencia del complejo de Edipo, y de la amenaza a la castración del niño. Adicionalmente, se encuentran posturas dirigidas a la falta de oportunidad de algunas personas a la sexualidad, lo que desemboca en la renuncia a la idea sexual y por lo tanto a la asexualidad.

Referencias

- Álvarez, L. (2010). La Identidad "Asexual". *Gazeta de Antropología*, 26(2). 1-18.
- Barrera, O. (2011). El cuerpo en Marx, Bourdieu y Foucault. *Iberóforum*, 6(11). 121-137.
- Blanco, I. & Tello, S. (2015). Asexualidad. La construcción Biológica y Cultural del deseo. Trabajo de Grado. Universidad Complutense de Madrid.
- Bogaert, A. (2004). Asexuality: Prevalence and associated factors in a national probability sample. *Journal of Sex Research*, 41, 279–287.
- Boagert, A. (2012). *Understanding Asexuality*. Rowman & Littlefield Publisher, INC.
- Boagert, A. (2015). Asexuality: What It Is and Why It Matters. *Journal of Sex Research*, 52(4), 362-379.
- Braicovich, R. (2014). Moderación y Ascetismo en Séneca, Musonio y Epicteto. *Praxis Filosófica*, 23, 157-169.
- Brotto, L., Knudson, G., Inskip, J., Rhodes, K., & Erskine, Y. (2010). Asexuality: A mixed-methods approach. *Archives of Sexual Behavior*, 39, 599–618.
- Brotto, L. & Yule, M. (2011). Physiological and subjective sexual arousal in self-identified asexual women. *Archives of Sexual Behavior*, 40(4).699-712.
- Carrigan, M. (2011). There's more to life than sex difference and commonality within the asexual community. *Sexualities*, 14(4), 462-478.
- Catri, F. (2016). Revisión narrativa de la asexualidad en la especie humana como una orientación sexual. *Apuntes de Psicología*, 34(1).5-18.
- Cerankowski, K. & Milks, M. (2010). New Orientations: Asexuality and Its Implications for Theory and Practice. *Feminist Studies*, 36(3), 650-664.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortur editores.

- DeLuzio Chasin, C. J. (2011). Theoretical issues in the study of asexuality. *Archives of Sexual Behavior*, 40, 713–723. DOI:10.1007/s10508-011-9757-x
- DeLuzio Chasin, C. (2013). Reconsidering Asexuality and Its Radical Potential. *Feminist Studies*, 39(2), 405-426.
- Fahs, B. (2010). Radical refusals: On the anarchist politics of women choosing asexuality. *Sexualities*, 13(4), 445-461. DOI: 10.1177/1363460710370650
- Fonseca, C. & Quintero, M. (2009). La Teoría Queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas. *Sociológica*, 24(69), 43-60.
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality: An Introduction*. Vol. 1. New York: Vintage Books.
- Freud, S. (1905). Three Essays on the Theory of Sexuality. The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud. *Hogarth Press*, 7, 125–245.
- Gerez, M. (2001). Sublimación, Idealización y Subjetividad. *Tramas*, 17, 157-169.
- Gros, A. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Civilizar*, 6(30), 245-260.
- Hanson, E. (2013). *Making Something Out of Nothing: Asexuality and Narrative* (tesis doctoral). Loyal University Chicago, Illinois, Estados Unidos.
- Hawkings, I. (2018). Still, nothing: Mammy and Black Asexual Possibilit. *Feminist Review Collective*, 70-84.
- Jay, D. (2003). A look at online collective identity formation. Recuperado de: <http://www.asexuality.org/AVENpaper.pdf>
- Johnson, M. (1977). Asexual and autoerotic women: two invisible groups. In H. Gorchros & J. Gochros (Eds.), *The Sexually Oppressed*. New York: Associated Press.

Joosten van-Vilsteren, G. (2005). *L'amour sans le faire: Comment vivre sans libido dans un monde où le sexe est partout?* Francia: Favre Sa.

Lacan, J. (1988). Conferencia de Ginebra. En J. Lacan (Comp.): *Intervenciones y Textos II*. Buenos Aires: Manantial.

Laumann, E., Gagnon, J., Michael, R. & Michaels, S. (1994). *The Social Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States*. Chicago: The University of Chicago Press.

López, M. (2015). La identidad asexual: de la masculinización social a las redes sociales virtuales. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 32, 129-167.

Lu, H. (2017). L'asexualité à la lueur du principe de Nirvana Asexuality in the light of the Nirvana Principle. *Annales Medico-Psychologiques*, 174(6), 361-371.

Lugones, M. & Ramirez, M. (2015). Asexualidad: La cuarta dimensión social. *Revista Cubana de Medicina General Integral*; 31(2), 249-258.

Mitchell, H. & Hunnicut, G. (2018). Challenging Accepted Scripts of Sexual "Normality" Asexual Narratives of Non-normative Identity and Experience. *Sexuality & Culture*; 23(2), 507-524. DOI: 10.1007/s12119-018-9567-6.

Mosher, W., Chandra, A., & Jones, J. (2005). Sexual Behavior and Selected Health Measures: Men and Women 15-44 Years of Age, United States, 2002. *Advance Data From Vital and Health Statistics*, 362, 509-530.

Nurius, P.S. (1983). Mental health implications of sexual orientation. *The Journal of Sex Research*, 19(2), 119-136.

Poston, D. y Baumle A., (2010) "Patterns of asexuality in the United States", *Demographic Research*, 23(18), 509-530.

Prause, N. y Graham, C. (2007) Asexuality: Classification and Clarification. *Archives of Sexual Behaviour* 36(3): 341-355.

- Preciado, B. (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Madrid, España: Opera Prima.
- Robbins, N., Graff, K. & Query, A. (2016) A Qualitative Exploration of the “Coming Out” Process for Asexual Individuals. *Arch Sex Behav*, 45, 751–760.
- Sáenz, M.; Prieto, S.; Moore, C.; Cortés, L.; Espitia, A. y Duarte, L. (2017). Género, cuerpo, poder y resistencia. Un diálogo crítico con Judith Butler. *Estudios Políticos* 50, 82-99. DOI: 10.17533/udea.espo.n50a05
- Saldías, P. & Lora, P. (2006). Síntoma Conversivo en la Histeria. *Ajayu*, 4(2), 228-243.
- Seidman, S. (1996). Introduction. In: Seidman, S. (ed.). *Queer Theory/Sociology*. Cambridge: Blackwell Publishers, 1-29.
- Sossa, A. (2011). Análisis desde Michel Foucault referentes al cuerpo, la belleza física y el consumo. *Polis Revista Lationamericana*, 28, 1-19.
- Storms, M. D. (1980). Theories of sexual orientation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 783–792.
- Yule, M., Brotto, L., & Gorzalka, B. (2013). Mental health and interpersonal functioning in self-identified asexual men and women. *Psychology and Sexuality*, 4(2), 136-151.
- Yule, M., Brotto, L., & Gorzalka, B. (2017). Sexual Fantasy and Masturbation Among Asexual Individuals: An In-Depth Exploration. *Arch Sex Behav*, 46, 311-328. DOI: 10.1007/s10508-016-0870-8.
- Wittig, M. (1992). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona, España: EGALES.
- .